

## Jóvenes y educación obligatoria: ¡volvamos a pensarlo!

La primera decisión en relación con la educación adoptada por el nuevo gobierno español ha sido la modificación del calendario de aplicación de la Ley de Calidad, promulgada a finales de 2002.

Con este cambio se ha conseguido aplazar la aplicación, entre otras, de los nuevos currículos de la ESO que conllevaban la creación de itinerarios distintos para el alumnado. Este aplazamiento pretende dar tiempo a una posible reforma o sustitución de esta ley.

Por consiguiente, el curso 04-05, la educación secundaria sigue regida por la LOGSE (ley de ordenación del sistema educativo de 1990). Y es precisamente en la secundaria donde encontramos tanto uno de los principales beneficios de la LOGSE, como las más virulentas –y con frecuencia fundamentadas– críticas respecto a su aplicación.

La LOGSE alargó dos años la escolaridad obligatoria y gratuita (de los 14 se pasó a los 16 años) y esto es una ganancia indiscutible, a pesar de que quizá hubiese sido más efectivo, en aras de la equidad, empezar la prolongación por abajo (de los 4 a los 6 años).

Pero la aplicación de la secundaria diseñada por la LOGSE ha conllevado no pocas dificultades. Ha aumentado el nivel de contenido para obtener la acreditación académica más elemental (del graduado escolar al graduado de secundaria obligatoria). Se ha generado cierta desestructuración de la formación profesional al dejar sin conexión los ciclos medios y los ciclos superiores. Muchos alumnos, que en el antiguo sistema se iban *descolgando* del sistema antes de acabar la etapa obligatoria, han visto prolongada dos años más su permanencia en un régimen escolar del que no sacan provecho. Esta última circunstancia ha provocado una imagen, en parte real, de conflictividad en algunos centros, malestar entre el profesorado y un absentismo escolar presumiblemente creciente en esta etapa, pese a los pocos datos fiables al respecto.

Más allá del acierto del modelo propugnado por la LOGSE, en la práctica ha habido demasiada rigidez, han faltado recursos para prestar una buena atención a la diversidad y se ha mantenido el modelo tradicional de acceso a la docencia de los profesores de secundaria, que no estimula vocaciones pedagógicas ni prepara a los futuros docentes para la realidad de la labor a desarrollar. En suma, ha dejado una profunda sensación de crisis.

La Ley de Calidad quería corregir muchos aspectos de la situación educativa y posiblemente acertaba en el diagnóstico, pero no está nada claro que acertase con las soluciones. Además, tramitada de forma autoritaria por parte del Partido Popular, la Ley fue generando un importante y diverso rechazo.

Después del cambio de gobierno, nos encontramos, otra vez, con la posibilidad de un cambio de normativa. Ojalá exista capacidad para alcanzar un amplio consenso para dar estabilidad al sistema y respuestas adecuadas a los problemas que hoy tiene la enseñanza obligatoria y que superan el ámbito estricto de la escuela.